



## Hablamos con el Señor

31 de octubre.2020

### Oración de la mañana

Mis ojos, mis pobres ojos  
que acaban de despertar  
los hiciste para ver,  
no sólo para llorar.

Haz que sepa adivinar  
entre las sombras la luz,  
que nunca me ciegue el mal  
ni olvide que existes tú.

Que, cuando llegue el dolor,  
que yo sé que llegará,  
no se me enturbie el amor,  
ni se me nuble la paz.

Sostén ahora mi fe,  
pues, cuando llegue a tu hogar,  
con mis ojos te veré  
y mi llanto cesará.

Tu, Señor, nos dices:

*“Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera».* (Mt 11, 28ss)

## I

Señor, antes de mirarme a mí, **traigo ante ti a las personas cansadas y agobiadas.**

los que no logran que en su familia haya paz...  
los que han fracasado en la educación de sus hijos...  
los que no logran que su dinero llegue a final del mes...  
los que han sido despreciados...  
los que sufren la enfermedad casi sin esperanza...  
los que no encuentran paz...

los que no pueden con tanta responsabilidad...  
los abandonados por los suyos...  
los que no son escuchados en sus derechos...  
los que no tienen fuerzas para hacer lo que deben hacer...  
los que no tienen amigos...  
los que no pueden hacer el trabajo que tiene encomendado...  
los mal vistos...  
los que no tiene techo...  
los que son difamados...  
los que han perdido el trabajo...  
los que viven solos en su vejez...  
los enfermos psicóticos...  
los que no son amados...  
los que no son cuidados...  
los que han perdido su familia...  
los desorientados que no saben donde ir...  
los que viven obligados contra su voluntad...  
y...

Señor ¡hay tantos cansados y agobiados!  
¿Conozco a personas en estas situaciones?  
Te pido por ellas, Señor...

## II

Pero, Señor, no solo vengo a pedirte por los cansados y agobiados de vivir.  
Vengo a pedirte que me sigas llamando y me regales tu Espíritu para que  
**contigo yo sepa cargar con mi dolor, mis noches, y sepa cargar además  
con el cansancio y agobio de otros habiendo descansado en ti**

¡Ven a nosotros, Señor, cuando nos invade la noche!  
Ven a nosotros en la noche de la decepción,  
ven a nosotros en la noche de la falta,  
ven a nosotros en la noche de la angustia,  
ven a nosotros en la noche del odio,  
ven a nosotros en la noche del amor perdido,  
ven a nosotros en la noche de la inquietud,

ven a nosotros en la noche del dolor,  
ven a nosotros en la noche de la interrogación  
ven a nosotros en la noche del rechazo,  
ven a nosotros en la noche de las rupturas,  
ven a nosotros en la noche de la desesperanza  
ven a nosotros en la noche de la nada  
ven a nosotros en la noche de la muerte.  
Ven a mí, en mi noche,  
y quédate conmigo, Dios mío,  
cada vez que estoy en la noche. Amén.

Así dice el evangelio:

*“ Al anochecer, le llevaron muchos endemoniados; él, con su palabra, expulsó los espíritus y curó a todos los enfermos para que se cumpliera lo dicho por medio del profeta Isaías: «Él tomó nuestras dolencias y cargó con nuestras enfermedades».”* (Mt 8, 16s)

Jesús ha cargado sobre sus hombros todas las miserias y dolores de la humanidad sufriente y las carga hasta dar su vida por la liberación de los suyos.

Por su servicio, que es el servicio del máximo amor, Jesús dirá “Yo os aliviaré”. Dios Padre lo convierte en fuente de nueva vida para todos.

Señor vengo a pedirte que aprenda de tu vida: cargando con el dolor de otros quito el dolor de otros.

Señor, que descanse en ti...

### III/

Señor vengo a **pedirte que yo descanse en ti y así alcance ser “manso y humilde de corazón”** para así entrar en el camino de llevar el dolor de otros. Y voy a escuchar unas palabras del Papa Francisco:

*Felices los mansos, porque heredarán la tierra»*

71. Es una expresión fuerte, en este mundo que desde el inicio es un lugar de enemistad, donde se riñe por doquier, donde por todos lados hay odio, donde constantemente clasificamos a los demás por sus ideas, por sus costumbres, y hasta por su forma de hablar o de vestir. En definitiva, es el reino del orgullo y

de la vanidad, donde cada uno se cree con el derecho de alzarse por encima de los otros. Sin embargo, aunque parezca imposible, Jesús propone otro estilo: la mansedumbre. Es lo que él practicaba con sus propios discípulos y lo que contemplamos en su entrada a Jerusalén: «Mira a tu rey, que viene a ti, humilde, montado en una borrica» (*Mt 21,5*; cf. *Za 9,9*).

72. Él dijo: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas» (*Mt 11,29*). Si vivimos tensos, engréidos ante los demás, terminamos cansados y agotados. Pero cuando miramos sus límites y defectos con ternura y mansedumbre, sin sentirnos más que ellos, podemos darles una mano y evitamos desgastar energías en lamentos inútiles. Para santa Teresa de Lisieux «la caridad perfecta consiste en soportar los defectos de los demás, en no escandalizarse de sus debilidades».

73. Pablo menciona la mansedumbre como un fruto del Espíritu Santo (cf. *Ga 5,23*). Propone que, si alguna vez nos preocupan las malas acciones del hermano, nos acerquemos a corregirle, pero «con espíritu de mansedumbre» (*Ga 6,1*), y recuerda: «Piensa que también tú puedes ser tentado» (*ibid.*). Aun cuando uno defienda su fe y sus convicciones debe hacerlo con mansedumbre (cf. *1 P 3,16*), y hasta los adversarios deben ser tratados con mansedumbre (cf. *2 Tm 2,25*). En la Iglesia muchas veces nos hemos equivocado por no haber acogido este pedido de la Palabra divina.

74. La mansedumbre es otra expresión de la pobreza interior, de quien deposita su confianza solo en Dios. De hecho, en la Biblia suele usarse la misma palabra *anawin* para referirse a los pobres y a los mansos. Alguien podría objetar: «Si yo soy tan manso, pensarán que soy un necio, que soy tonto o débil». Tal vez sea así, pero dejemos que los demás piensen esto. Es mejor ser siempre mansos, y se cumplirán nuestros mayores anhelos: los mansos «poseerán la tierra», es decir, verán cumplidas en sus vidas las promesas de Dios. Porque los mansos, más allá de lo que digan las circunstancias, esperan en el Señor, y los que esperan en el Señor poseerán la tierra y gozarán de inmensa paz (cf. *Sal 37,9.11*). Al mismo tiempo, el Señor confía en ellos: «En ese pondré mis ojos, en el humilde y el abatido, que se estremece ante mis palabras» (*Is 66,2*).

Reaccionar con humilde mansedumbre, esto es santidad.